

ESPORA

QUINTO ANIVERSARIO



Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en la mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed»

LOS DOS REYES Y LOS DOS LABERINTOS,
JORGE LUIS BORGES.

CARTA EDITORIAL

•••

A quienes gustan de jirones:

ESPORA comenzó como un proyecto universitario que nos diera la oportunidad de poner en práctica nuestros intereses y habilidades en este proceso editorial. Diseñadores, comunicólogos, literatos, creadores y editores hemos coincidido aquí con la misma intención que en el primer número: tener un espacio de diálogo. Quizá lo mejor ha sido ver crecer este intercambio local hacia distintos países de habla hispana.

De entre el embrollo, cada número de la revista se propone encontrar un lugar para insertar a estos autores cuyos textos creemos que deben leerse. No por ello quitamos los ojos del caos sobrante, quizá es de ahí de donde abstraemos estos retazos lingüísticos hacia cuerpos nuevos. Estos cinco años se ha creado una comunidad de quienes comienzan a dar puntadas con palabras e ideas. Hemos continuado el legado de otros consejos editoriales y colaboradores que hoy corrigen y hacen; buscamos que los cinco que vengan se borden de forma más rica y exacta aunque no menos caótica.

Las editoras.

DIRECTORIO

Editor responsable
Clemencia Corte Velasco

Editores responsables de este número
Verónica Meneses Pérez

Consejo Editorial
María Paulina Martínez Vázquez
Ana Luisa Arcaraz Vega
Anaid Amanda Macías Herrera
Beatriz Elena Barreda Zamora
Verónica Meneses Pérez
Diana Rojas
Sergio Santillán

Dirección de diseño
Samia del Carmen Rojas Mena

Diseño
Alejandra Pellegrín Junco
Mónica Ruiz Arroyo
Samia del Carmen Rojas Mena
Erika Roderer Lendle
Karina Sesin Rivera
Andrea López Holguín

Comunicación
José Carlos Antonio Colohua
Alondra Yocelí Castro Izarrarás
Éric Hauvery Cetina Karsten

Colaboradores
Paulina Meyer Cal y Mayor
Julián Penagos-Carreño
Ray Veiro
Gabriel Galaviz
Pablo Rodríguez
Esteban Lorenzo Contreras
Camilo Javier Velandia
Manuel Serrano
Manuel Mörbius
Antonio Trejo
Rodrigo Lichtle

Portada
Rocío Martínez Ramírez
Patricio Rodríguez Álvarez

ESFORA, Año 5 No. 25, mayo a junio, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Verónica Meneses Pérez, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 31 de marzo del 2020. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESFORA
NÚMERO 25

CUENTO POESÍA MICROFICCIÓN

ÍNDICE

- 6** **Un desierto negro**
Julián Penagos-Carreño
- 10** **Ventanas**
Rodrigo Lichtle
- 11** **Offline**
Camilo Javier Velandia
- 12** **Del dolor a partir de un reflejo involuntario**
Gabriel Galaviz
- 14** **Los cuerpos también**
Pablo Rodríguez
- 15** **Despiste**
Manuel Serrano
- 16** **Fuera de servicio**
Karla García
- 17** **A propósito de Hellblade: una reflexión sobre la representación moderna de los locos**
Antonio Trejo
- 20** **Ya sé que te llamas René**
Ray Veiro
- 24** **Salto sin pie**
Esteban Lorenzo Contreras
- 25** **El vacío**
Paulina Meyer Cal y Mayor

Julián Penagos-Carreño

Cajicá, Cundinamarca, Colombia.

fb: julian.p.carreño

tw: @J_Penagos

UN DESIERTO NEGRO

Su hijo Raúl no ha venido a dormir desde hace cinco días. Durante dieciséis años nunca había pasado una noche por fuera, ni siquiera cuando su padre, luego de llegar ebrio a casa, lo buscaba para darle una paliza sin ningún motivo. Antonia lo recuerda. Él se escondía en algún rincón de la casa, nunca por fuera. Su padre ya no está. Los abandonó justo en el tercer embarazo de su madre. A él solo le dejó un retraso mental leve, por culpa de los golpes. «¿Dónde estás, hijo?», se pregunta.

Esta es la quinta vez que Antonia despierta. Durmió llena de ansiedad. O no durmió. Daba vueltas en la cama, enrollando las cobijas, estrangulándolas. Pendiente de cualquier ruido, del cerrojo de la puerta o del sonido de su voz. Despertaba cada hora. Sentía crecer dentro de sí una sed enorme. Veía la sombra tenue de su figura en el espejo del armario color wengué. Su cabello largo, crespo y retorcido. El rostro pálido de labios blancos. Los ojos cafés perdidos en el abismo de dos ojeras, como las alas abiertas de un cuervo. Se hacía la misma pregunta, una y otra vez, sin respuesta. Volvía a dormir. Minutos más tarde,abría los ojos de nuevo, en una vigilia sin tiempo adornada con la pesadez de aquella ausencia.

Esta vez, despierta, entonando la canción de cuna que le cantaba a su Raúl cuando apenas era un bebé y lo arrullaba para que se durmiera. Hace 16 años, en las noches, el niño lloraba sin razón. Sus gritos molestaban a los vecinos. Salían impulsados desde sus pulmones como proyectiles ultrasónicos capaces de derrumbar muros y reventar tímpanos. Antonia se veía obligada a acercarse a su cuna, envolverlo en las mantas de lana, cargarlo y mecerlo cantando la melodía. Tenía la ilusión de que se durmiera rápido.

«Duerme. Duerme, negrito. Que tu mamá está en el campo, negrito...Y si negro no se duerme, viene el diablo blanco y zas le come la patita...», cantaba suplicante.

Una noche, Antonia lo mecía cada vez más rápido, presa de la desesperación, hasta que después de una hora, Raúl cerró sus ojos junto con su boca. Al fin hizo silencio.

Antonia se quedó tan quieta como pudo, observando la calle por la ventana de la habitación. Esperando que el sueño del niño se hiciera profundo.

Entonces, ante ella, apareció un desierto negro. Una planicie dura y pedregosa, llena de guijarros rodeados de arena negra. Algunas piedras planas y oscuras sobresalían del piso dando la impresión de olas rompiéndose contra un coral rocoso. En el horizonte, numerosas mesetas de cimas planas chocaban entre sí, quebrantándose. Dando lugar a abismos. Dejando al desnudo los sedimentos opacos de las laderas que caían verticales hacia hoyos sombríos. La vista extensa y, a la vez, tanto oculto.

El firmamento parecía reflejar la negrura de la tierra. La luz tenue de una luna blanca brillaba de forma esporádica. Era oculta de vez en cuando por nubes pesadas, cargadas de agua, prestas al diluvio. Daban la impresión de que en cualquier momento se despedazarían, para caer con furia sobre aquel desierto oscuro. Detrás de las nubes, cuando la rotación del paisaje lo permitía, se veían las estrellas fulgurando. Intentaban iluminar aquella oscuridad. Un camino petrificado aparecía entre las piedras carbonizadas. Iba en dirección al horizonte, para esconderse detrás de una de las mesetas. Un polvo etéreo, levantado por un susurro, se alzaba desde el piso como vapor de agua en forma de bruma.

«Duerme. Duerme, negrito. Que tu mamá está en el campo, negrito...», entonaba el susurro.

Ante sus ojos, en medio del camino, aparecía la sombra de una mujer cubierta por un chal negro, apenas distinguible. Su andar era errático, como si buscara algo. La sombra caminaba de un lado para otro. Levantaba las piedras. Escarbaba la tierra. Miraba al cielo suplicando por algo o por alguien. De ella surgía el susurro.

En ese momento, Antonia, con el niño aún entre sus brazos, sintió una sed inconmensurable. Le raspó la garganta. Le secó la lengua. Le desquebrajó los labios. Los gimoteos de Raúl la despertaron de letargo. El niño dormía tranquilo. Era hora de acostarlo en su cuna. Después de hacerlo, ella iba a la cocina, a tomarse un gran vaso de agua. Las imágenes del desierto negro eran borradas por el torrente que caía por su garganta. La sed en ese tiempo era saciada.

Hoy, y desde hace tres días, ha sentido de nuevo el sabor de la arena de ese desierto desconocido. La lengua es áspera y le arde, sus glándulas ya no producen saliva. El aliento es ácido, caliente y forma un vaho espectral que sale expelido en suspiros intermitentes.

La madrugada es fría. Los focos de la calle producen una luz que se difumina en la oscuridad interna de la habitación. Sin encender ninguna bombilla, Antonia toma un sorbo de agua de la botella que ha dejado en el piso, junto a su cama, la noche anterior. Esta se evapora dentro de su boca. La sensación de frescura dura solo segundos.

Son las cinco y quince de la mañana. Se apresura a levantarse. Debe despertar a sus otros dos hijos. Tienen que alistarse para ir a la escuela. También quiere revisar si Raúl ha llegado a casa. Quizá volvió en la noche, mientras ella soñaba que lo esperaba. Enciende la luz de la habitación contigua donde ellos duermen. Los dos niños se despiertan a medias, intentando abrir los ojos, deslumbrados por el destello ambarino del bombillo. Antonia se queda observando la cama vacía donde duerme Raúl.

-Venga, niños, que se hace tarde- ordena. Su voz es corrugada, reseca, sale con dificultad.

Los niños poco a poco van moviéndose. También se percatan de que su hermano mayor, tampoco llegó a dormir anoche.

-Mamá. ¿Y Raúl?-pregunta uno de los pequeños.

-Cállate, Paco. Él está bien.

-Mamá. ¿Será que a Raúl se lo llevaron esos hombres extraños?

-¡Que te calles!-repite la pequeña.

-¿Esos señores le prometieron darle un trabajo a Raúl, mamá?-pregunta-. En la escuela dicen que esos extraños son malos. Que se han llevado a otros como Raúl. Que no hay que ir con ellos.

-No lo sé, Paco, ¿de dónde sacas esas historias?-inquire Antonia.

-En la escuela dicen que se los llevan a la guerra. Para decir que la van ganando.

-A ver, ¿a cuál guerra? ¡Estás loco Paco!- la niña grita y golpea a su hermano en la cabeza con la palma de su mano.

-No lo sé, Paco. Vete a bañar- ordena hastiada Antonia.

La niña empuja a su hermano hacia el baño.

Antonia se dirige a la cocina. Toma un vaso. Abre el grifo. Lo llena. Se lo toma. No sirve de nada. Lo hace de nuevo. Lo llena. Se lo toma. Lo llena. Se lo toma. Nada...Es inútil. Hoy, la sed, la que ha sentido desde hace cinco días, se ha hecho más intensa. Cada vez que un sorbo remoja los labios cuarteados, es absorbido en un siseo.

Prepara dos platos de choco-krispis con leche. Acaricia su garganta dolorida. Calienta un poco de agua en una olleta para hacer el café matutino. Mientras hierve, observa por la ventana como, poco a poco, la huella de la noche se va borrando, dando paso a un amanecer lamido por nubes grisáceas. Antonia enciende un radio que siempre tiene en la cocina, para enterarse de las cosas que suceden en el mundo. La voz del locutor se abre camino, ferrosa, entre las moléculas gasificadas del alba:

- «Colombia. El país se horroriza ante el escándalo de los "falsos positivos". Casos de jóvenes que al parecer fueron secuestrados, torturados y asesinados por las Fuerzas Militares y luego presentados como guerrilleros dados de baja en combate. Según informes de varias ONGs, el número comprobado, de estos casos, asciende a 1400 en el 2009. Según organizaciones de Derechos Humanos, a pesar de las denuncias realizadas desde hace dos años, el ejército sigue ejecutando esta práctica ilegal. Bogotá. En otras noticias...»

Antonia apaga el radio.



Rodrigo Lichtle
Puebla, México

VENTANAS

A veces pienso en un pueblo abandonado. No me he decidido si es fantasma, nunca he visto a nadie. Lo atraviesa un río. Supongo que es un pueblo originario, pero cuando alcanzo a verlo, al río, el pueblo se encuentra inundando. No ha llovido en años, al menos no recuerdo que lloviera en mucho tiempo, décadas.

Por la ventana de algún tercer piso, el edificio más alto, de donde puedo verlo todo, un edificio que se encuentra en la esquina del pueblo, la esquina de donde sale el sol, por esa ventana veo el río que cubre todo. No es eso lo que me importa, pero no puedo dejar de verlo. Lo hago lejos de aquella ventana. Temo caer al agua. El río no se mueve mientras lo veo.

Nunca entendí esta ciudad, tal vez no la he recordado o construido del todo bien, pero es que tiene divisiones ilógicas. No estoy siendo claro, por ejemplo, la plaza de armas se encuentra dividida por múltiples caminos, hay uno que atraviesa por el centro de otro camino siendo el camino del camino del centro de la plaza. La plaza está fraccionada, no

hay mejor forma de describirla, conformada por fracturas, pero es el extremo de esta idea. No hay ningún camino fuera de la plaza de armas, no son necesarios: el lodo y el agua son los caminos.

Por momentos he querido imaginar, a veces lo veo más como sólo un sueño, la posibilidad de pensar que no existe pared y ver sólo la ventana sin considerar la pared como inexistencia sino como algo más que no sé explicar. Sólo no quiero que esté ahí. No quiero que le estorbe a la ventana, al río ni al otro cuarto, al de ella. Si la pared fuera inexistencia revelaría todo y eso sería demasiado.

Su cuarto es lo que me interesa pero sólo llego a ver una parte del peluche mojado que se asoma en la ventana. El río lo ha consumido. He pensado en nadar hasta ese cuarto pero ni siquiera puedo acercarme a la ventana. Por momentos ella flota, creo que la veo, otras veces creo que ya no está. El río ya lo ha consumido todo y la ciudad se ha perdido; es irremediable, debo volver al pueblo



Offline

Miraba fijamente el frasco de pastillas. Alprazolam, 1mg. Sería lento, paulatino, nada exhibicionista. No tenía necesidad de una carta de despedida ni de un improvisado mensaje final. Masticó algunas e ingirió la mayor cantidad que pudo. Debía ser suficiente. Se recostó en la cama y cubrió la mitad de su cuerpo con la sábana.

Intentó llorar.

No contaba con que el viejo teléfono cuyo cable había cortado un par de días atrás sonaría. Sentía náuseas cuando el aparato sonó por segunda vez.

Antes de contestar, corroboró que el cable se encontraba burdamente cercenado. Había utilizado sus dientes. Vaciló unos instantes, alzó el teléfono y se lo llevó a la oreja. Silencio. Pasaron tres segundos, luego escuchó su propia voz.

Camilo Javier Velandia Arias
Santa Marta, Magdalena, Colombia
fb: facebook.com/CJVelandiaA

DEL DOLOR A PARTIR DE UN REFLEJO INVOLUNTARIO

I

Hay un extrañamiento, de repente,
en el aullido de la actriz que dice ser
Rita Quintero. Un silbido ululante,
un mote de exotización,
un gramo de lejanía y dispersión ahogada.
No entiendo la dramaturgia,
no comprendo y no hablo
de puestas en escena,
ni mucho menos sé de rostros
o lágrimas falsas.
Por eso, quizá,
me duele el maquillaje moreno
de la actriz que interpreta a Rita Quintero.

No racionalizo el dolor¹
cuando es un muro quebrado
que extiende su linde
desde lo personalmente político
a la plasticidad de lo ficticio.

¹[Nace, al parecer, de lo ignorado y de mi reproche (me digo) cruelmente exagerado.]

II

Hay algo que astilla
en estas miradas condescendientes,
en este afligirse mutuo
que de paso nos exime de nuestra cuota se-
manal
de lágrimas derramadas por la miseria ajena.
Hay un algo, una molécula de horror
que muerde claro y se enreda
dentro de la mandíbula de la epidermis
que a los catorce no quiso ser yo.

Pienso en los recursos estilísticos,
me intereso en hojear teoría dramaturgica,
darle sustento teórico
a este repaso vivencial,
a este autoreconocimiento suscitado
sobre el plexo de mi propia piel
que, a pesar del paso de los años,
aún me incomoda por momentos.
Momentos tan breves
como aquel frente al espejo
que me confirmó hace mucho
que no soy pulcro,
que pude haber aspirado
a otro tipo de afecto más sincero
de no haber nacido con entrecruzamiento
étnico.

III

Recuerdo a la tía Chona,
conectada ahora al tanque de oxígeno,
atada a una lengua que mis bisabuelos
decidieron no trasladar a los hijos.
Pienso si ella también merecería la lagrima
falsa, la conmiseración plástica
de este puñado de personas
que mira con piedad a la mujer rarámuri.
Pienso en cuántos saldrán hoy de aquí,
indemnes al alcance de este reflejo estéril,
y procederán a subir la ventana eléctrica
a otros y otras similares a esta Rita Quintero
sobre la que no me quiero ver,
pero me veo.

Gabriel Galaviz
Puebla, México
Facebook: Gabriel Galaviz



Los cuerpos también

Alopecia Areata

Tengo veintidós años y un cuerpo
no cicatrical de círculos nerviosos
años predispuestos
a una genética que cae
de crisis en crisis un cuerpo
sin vigencia permanente:

tarde o temprano
todo se quiebra,
todo nos pasa cuenta.

Tengo alopecia y una edad
que amontona linfocitos
de interminable gel
y rasca su herencia bajo el sol:
pierdo el cuerpo todo el tiempo.

No volveré a lavarlo
no habrá raya en medio que lo peine
no más supuesta hidratación con cremas.
Veintidós años de folículos en exposición

y un cuerpo a contrapelo
que no puede ser habitado
ni destruido
sin el cuidado de peinarlo.

En los baños

En los baños
el cuerpo es un recuerdo
indeseable obstruido

baja las veces
que sean necesarias
el váter
los recuerdos

sin saber qué hacer
o cómo nombrar otras bacterias
nos estamos desbordando

Hay que limpiar lo usado
en el lavamanos



DESPISTE

Manuel Serrano
Valencia, España

Santiago iba al campo de fútbol con su abuelo. Cerca del río, el abuelo sintió hambre y se sentó en una banca; el azúcar, seguro. Le pidió al nieto que fuera a un bar y le trajera un bocadillo.

—Te espero acá. No tardes demasiado que me quedo dormido —dijo el abuelo.

Santiago fue al bar y le pidió el bocadillo a la chica que atendía la barra. Comenzaron a charlar. Se gustaron. Anduvieron a escondidas por dos meses, hasta que se lo dijeron a sus padres. Un año después se casaron.

Santiago empezó a trabajar en el bar y pronto consiguieron que fuera un restaurante. Viajó a París y estudió cocina. El restaurante se puso de moda. Tuvieron tres hijos. Lo ampliaron para que tuviera un salón. Ahí hubo grandes fiestas para las comuniones de los hijos mayores. El día en que el más pequeño iba tomarla, Santiago se acordó.

—Me lo dejé en la banca

Corrió tan rápido como pudo y allí, dormido plácidamente, estaba el abuelo.

—Tardaste demasiado. Ya te dije que me quedaría dormido ¿Aún llegamos al partido?



Manuel Mörbius
CDMX, Mex
Fb: manumorbis

FUERA DE SERVICIO

En el funeral de la niña, el tío Rogelio lloró hasta que los cántaros de la ingenuidad se desbordaron. El ataúd estuvo a puerta cerrada, el funeral a puerta cerrada, la casa a puerta cerrada. Las conciencias a puerta cerrada lloraron la pérdida mientras los policías daban el caso por cerrado y asistieron al funeral. Unos días antes, el metro tuvo que cerrar y declararse fuera de servicio para recoger los trozos de la niña descalza, con los signos de violencia ocultos por la tristeza que se dejó caer a las vías. Unas noches

antes, la tienda, donde la niña barría, también estuvo fuera de servicio. Todas las emergencias estaban clausuradas. Todas las paredes acumulando polvo en ventanas y grietas. Las arañas respirando el aire necio debajo de las alas de las moscas que murieron buscando escapar del aire viciado por los secretos podridos en el encierro de semana santa. El planeta estaba fuera de servicio, con miedo al pensamiento, escondido y cobarde. Esa noche algo había estado fuera de servicio cuando vio al tío Rogelio.

A PROPÓSITO DE HELLBLADE:

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA REPRESENTACIÓN MODERNA DE LOS “LOCOS”

Antes la pantalla de título de *Hellblade: Senua's Sacrifice* aparece un anuncio: “Este juego ha sido creado bajo la tutela de médicos psiquiatras de renombre mundial y aborda temas como la paranoia, esquizofrenia, disociación y psicosis. Cualquiera que pueda ser sensible a su contenido úselo con cuidado”. Su idea es clara: comunicarnos que debemos tener precaución con el trabajo que estamos por abordar y, segundo, que éste se hizo con suma cautela para representar de manera digna a las personas que padecen dichas enfermedades. Y es que ése es el problema: el tabú que aún existe al rededor de este espectro.

No es sencillo tener una enfermedad mental, por supuesto, y es difícil decidir buscar apoyo cuando se padece. No porque no existan las opciones –que no son pocas y aunque la mayoría no tan asequibles, las hay– sino porque se engloban en un extendidísimo paradigma peyorativo que impide a quien sospecha ser paciente de ellas buscar la ayuda profesional necesaria, y envuelve a quien sí lo hace en una connotación negativa que lo desacredita como individuo y lo relega a cierta marginación. Tan sólo hay que ver que, según la OMS, alrededor del 20% de esta generación debe acudir por ayuda profesional, pero la mayoría prefiere no hacer o ni siquiera lo sabe. Y luego están las cifras de acoso que se producen en personas con estas características: “La estigmatización y la discriminación se pueden traducir en una falta de acceso a los servicios sociosanitarios. Además, hay un riesgo elevado de que no se respeten los derechos humanos de las personas afectadas, por ejemplo mediante su internamiento prolongado en centros psiquiátricos”¹

En ese sentido, *Hellblade* se convierte en un tipo de manifestación artística extraordinario. Cuando me acerqué a él por primera vez creí que todo lo anterior ensombrecería mi experiencia de juego. Otra romantización más; un producto que se exporta de una cultura de miedo y aversión a su eje narrativo. Fácilmente vi venir las reseñas que tuvieran entre sus líneas descripciones como “una loca más que busca atención”, “Senua no es más que otro estandarte para las ‘únicas y diferentes’”. Y es que desde la antigüedad nos han visto así: somos lo ajeno, lo indeseado. Foucault propone en *El orden del discurso* y en *Historia de la locura en la época clásica* esa complejidad de representarnos. Somos los “tete perdue”: el lugar donde encasillar a todo aquel que salga de la norma; nos ha tocado representar a todos aquellos que salgan del alineamiento impuesto por el poder hegemónico. Los homosexuales, los indígenas, las mujeres que no encajaban en el sistema patriarcal: todos eran vistos como locos antes de incluso alcanzar la categoría de sujeto.

Hellblade no fue así. En ningún momento me hizo sentir comodidad, lástima o gracia. Jamás deseé estar en el lugar de la protagonista. No sólo porque yo estuve ahí, sino porque la trama se te presenta de una forma oscura y seria; maquillada con toda la delicadeza que demanda. En ese sentido juega bien sus cartas: no exotiza tener una enfermedad mental, pero tampoco lo muestra como algo externo y lejano. Constantemente surgen preguntas para el espectador: ¿qué es estar en esa situación?, ¿cómo se siente de primera mano?, ¿de qué manera se puede empatizar con Senua si jamás se ha sufrido al similar?

Antonio Trejo
Puebla, México

¹ Mejora y ampliación de la atención de los trastornos mentales, neurológicos y por abuso de sustancias, OMS, 2008.

Ésa es justamente la cuestión que todo producto que se proponga hablar de problemas mentales debe abordar. ¿Cómo puedo establecer una relación con quien soporta esto sin que desee estar en su lugar pero al mismo tiempo tener que llegar a la conmiseración? Recuerdo muy bien la primera vez que vi *The Truman Show*. La película resumía los síntomas de quien sufre delirios paranoicos: la sensación de ser constantemente vigilado. Siendo diagnosticado precisamente con este trastorno, me sentía incómodo y temeroso la posibilidad de que lo ocurrido en el filme se cumpliera. Tan grave era mi situación que creía que habían hecho una película de mi vida para advertirme que lo que pensaba era real. En *As good as it gets*, película que se llevó dos Oscars (mejor actor y mejor actriz) ocurre otra posibilidad de usar el tema sin la profundidad que requiere; también padezco TOC y no sentía que hablara alguien parecido a mí. Otro me representaba y lo hacía dando una imagen romantizada de mis problemas. Hablaba por mí, por los que lo vivimos, como si la enfermedad fuera una especie de broma pesada: una clase de chiste mal contado del que podía curarme con amor verdadero. ¿Conoces a Tomás?, película mexicana estrenada en julio 2019, lo hace de igual manera. Infantilizan demasiado a quien tiene estas afecciones, lo ven como un animalito tierno. Recuerdo a una chica decir “wey, quiero tener un Tomacito” terminando la función, puesto que el estereotipo del espectro autista deshumaniza al personaje y se vuelve poco más que una mascota.

Pienso también en la más reciente adaptación del *Joker*, protagonizada por Joaquin Phoenix. Una lectura crítica de esta película debería preguntarse ¿por qué visualizamos a Arthur Fleck con ojos lastimeros?, ¿por qué una mirada superficial nos hace sentir pena por el protagonista? Y es que eso se propone: no vemos al guasón más que como un pobre pendejo que tuvo un mal día y muchos traumas de pequeño.

¿Somos pobres pendejos de los cuales sentir pena por ser unos peleses traumaditos?, ¿por qué el miedo a que exploten y te agredan cuando recuerden que los trataron mal? Esa imagen es la que hasta ahora se ha brindado de los enfermos mentales, así se les representa, es el lugar que ocupan socialmente.

Quiero regresar, con motivo del *Joker*, a una pregunta importantísima y que dejé en el aire. ¿Cómo puedo establecer una relación con quien soporta esto sin que desee estar en su lugar y al mismo tiempo tener que llegar a la conmiseración? Eso es precisamente lo que logra al final la película: el espectador se entrega tanto a la lástima como al deseo. Eso personaje es sumamente alabado, consagrado. Es otro tipo de romantización la que se juega aquí, no como la que aparece en el guión de la película antes mencionada protagonizada por Nicholson, sino una más peligrosa: una en la que se desea ser ese enfermo para pertenecer a la otredad. El idilio de que la enfermedad te enaltece como individuo está constantemente gestándose en lo ambiguo. Todo se juega en asumirse como marginado, para luego encontrar placer en aquella marginación; parece que en ella se experimenta una sensación de pertenencia, de participación del sufrimiento. La mayoría de representaciones de quienes padecen enfermedades mentales encajan en la personificación del sobreviviente que se traduce en gran parte en la figura del mártir; como si el padecimiento fuera algo de lo cual enorgullecerse.

Como lo plantea Fromm en su libro *El miedo a la libertad*, en su búsqueda de individualidad la persona termina por amalgamarse con otros, pues no sabe quién es realmente y eso le causa miedo, volviéndose exactamente igual a ellos de forma que ahora es diferente al gran resto; a la otra mayoría que no es como ese pequeño grupo. Se forma entonces una especie de comunidad: somos los maltratados, los que sufren, los pobres atormentados a los que debe reconocérseles el mérito de luchar a diario “contra sus demonios”. Y esto no se contradice con la teoría del chivo expiatorio de Girard: cuando llega alguien realmente diferente es visto con desprecio o miedo.

Este efecto camaleónico es, por supuesto, nocivo: lejos ya de hacer un grupo de Facebook donde compartir imágenes del *Joker* con el pie de foto “vivimos en una sociedad”, el individuo que emula a este tipo de personajes puede llegar a autoflagelarse y ponerse en situaciones de riesgo así como agredir o matar a otros en una compleja “vindicación de sus ídolos”.

Llegado el momento, es cuando se dan cuenta que no son como se creían, el teatro se derrumba y ya no hay vuelta atrás de lo que hicieron.

Hellblade en ese sentido logra establecer un equilibrio entre ambas fuerzas: pone en situaciones horribles a su protagonista para que sepamos lo grave que es el asunto y no añoremos su condición sin dejar de empatizar con ella, sin dar cabida a la mirada despectiva. El juego logra algo que pocos que ahondan en el tema consiguen: presentarnos este argumento tal cual es. No vemos un ícono ni a alguien en la periferia: un ser humano. Así, no sólo quienes no tienen una noción clara de las afecciones mentales pueden perderles el tabú, sino que también aquellos que potencialmente padecen una tienen la seguridad de que buscar apoyo no es para nada indeseable ni pernicioso, sino más bien, necesario para la salud del individuo y su comunidad cercana.

Lograr esto no es poca cosa. Quitarle el estigma a padecimientos como los ya mencionados hará que éstos puedan ser mejor estudiados, atendidos y auxiliados. Senua atraviesa toda una travesía para llegar al Helheim y reencontrarse con su enamorado, pero no hay más dioses a enfrentar que los que se ha inventado. Las voces que nos acompañan a lo largo del juego, susurrantes, en efecto estéreo si se usa con audífonos o con un buen sistema de audio (como lo recomiendan sus desarrolladores) son indeseables y perturbadoras; los escenarios son sombríos y las alucinaciones incómodas.

Su objetivo se cumple dando una lectura de doble propósito: Senua, el personaje, abandona la esperanza de regresar con su esposo y con ello regresa a la realidad. *Hellblade*, el juego, le permite a quien lo complete experimentar dicha historia y con ello entender a quienes padecen enfermedades mentales.

Apenas a finales de esta década aparecen representaciones artísticas como ésta que le hacen honor y dignifican a los enfermos mentales desmitificando el fenómeno social en que se convirtieron, no obstante,

aún tienen que competir con cosas como *Suicide Squad*, *Fragmentado* o *Los juegos del destino*. El enfermo mental siempre estará relegado a la otredad mientras se le siga representando como una fenómeno; ya sea visto con miedo, ternura, asombro o deseo.

Jamás desee ser estigmatizado y estoy seguro que mi vida sería muchísimo más fácil si no tuviera todos estos trastornos. Anhelo con ahínco el poder alcanzar la plenitud sin necesidad de medicamentos y terapias; sin la pesadumbre de largas jornadas de sueño, del llanto repentino, de la sensación de que estoy apunto de morir de un paro cardíaco, vivir sin alucinar voces, gritos, imágenes extrañas e inquietantes.

Ojalá, como en *Hellblade*, se sigan haciendo representaciones dignas que expandan y desestigmaticen un espectro que históricamente siempre ha sido designado a todos aquellos que la sociedad quiere desechar y que, en la actualidad, es visto como un modelo a seguir. Necesitamos más productos culturales en los que seamos bien representados para que no se nos conmisere, tema o admire; quizá solo así cada situación sea entendida en toda su complejidad y reconocamos que ver todos los matices es indispensable.

Ya sé que te llamas René

Pasó frente al hospital municipal. Tanta gente dentro y tanta gente muriendo. Ya cansado de la palabra tanto quiso pensar en las cosas simples, en lo escaso. Se repetía en voz alta: poco poco poco. Frente al hospital municipal como loco: lo mira una señora de cara común, lo mira un policía, lo mira una enferma de cáncer terminal. Piensa poco.

Los ojos. Las hojas. Ojos dibujados sobre las hojas. Envuelve en hojas los ojos. Piensa poco. Los ojos de los cuerpos que se cremaban cada mañana y de los muertos que se enterraban cada tarde. Finalmente las hojas en las que se recogían las cenizas de los ojos quemados para luego echarlos en una urna. Comprendes, sin ojos, sin hojas. Comprendes, sin ceremonias. Comprendes, poco.

Ahí en el edificio en el que nada ocurre en pequeñas proporciones. Los hospitales repiten el discurso magnánimo que grabó la muerte desde antes. Ensayar como es sabido, lo que la muerte dictó hace tanto tiempo. René no quiere en este momento pensar en el país ni en las muertes de los hospitales del país. Piensa poco. Tiene hambre. Hace rato que anda ambulante. Ya está oscureciendo y no ha comido nada.

A René solo le interesa que sea la hora indicada. A las ocho, el relevo. El hospital repite el discurso épico del cuidador. Un héroe corredor. Carrera de relevos. René viene a inicios de semana y releva a la mamá que a su vez relevó a su tía y por último este a su hermano. No se admiten animales. Ahora quédate con tu primo, ahora quédate con tu abuelo y ahora con tu amigo. Por último quédate tú mismo. Quédate pero quédate en serio. No te vayas. No se admiten animales. No llega la hora.

A las ocho, el custodio de ese lugar de muerte será relevado por otro que a su vez, más tarde, será relevado por otro custodio, y así sucesivamente. Poco o casi nada se puede hacer para detener el influjo de custodios que pasa por esta puerta siempre llegada la hora. A las ocho. Por favor a las ocho. Ahora no. La muerte no tiene escrito nada para este momento, la habían cogido desprevenida. Embelesada. Abúlica. No goza de popularidad en estos tiempos ni en ningún tiempo; acaso a veces querida. Ahora no, a las ocho es cuando aparecerá de nuevo su discurso e inevitablemente tendrán que repetir la lista que ella ordena. Por miedo/por respeto. Así debe ser.

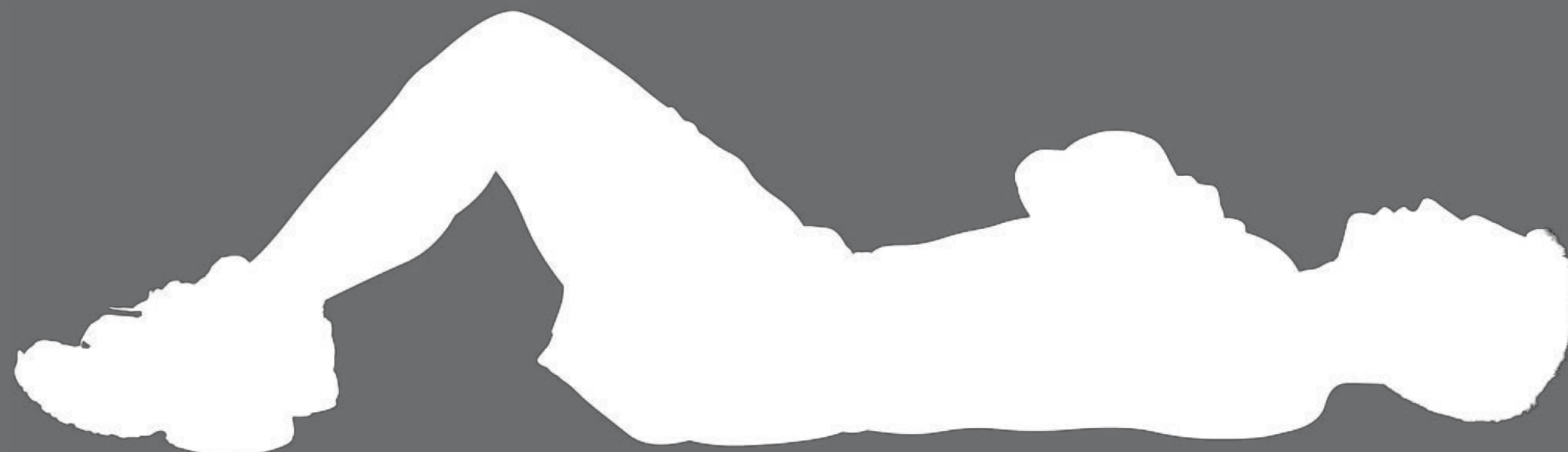
Ay, si estás en la lista de las ocho. Ojalá la muerte no se aparezca. Que venga para quien la pide. Que la pidan otros, tú quédate. Bailaremos al final de todo. Migraremos. Es decir, conoceremos otros olores. ¿Cómo se vestirá la gente allá? Iremos donde no haya verde. Ni siquiera en primavera. Ni siquiera ahora. Volveremos. A las cinco. A las ocho. A la hora que me llamen voy. Contigo si te quedas.

Ya las ocho. Soñar, poco. Ya las ocho y es hora de repetir ocho y de nuevo ocho y sentir como empiezas a mearte. Viene un custodio a relevar y por allá el médico que releva al otro médico y los vivos a tomar la cama de los muertos tibios. Los vivos no dejan que sé que enfríe el lugar. Carrera de relevos y tú corres poco. Viene la lista:

Armando/Alberto/Bartolomé. ¿Es por orden alfabético doctor? Por orden alfabético, efectivamente. ¿Hay alguien en la D? Pues en la D, por supuesto. Se necesita al menos un ejemplar por cada letra. Así lo dicta la muerte. Gracias doctor... Bianca/Celine/Cecilia/César/Daniel/Dalila/Elizabeth...

Daniel, Daniel, Daniel...

Ray Veiro
La Habana, Cuba
Facebook: Ray Veiro
Instagram: ray_veiro



Me muevo, solo. Arriba es el único lugar dónde hay agua potable, en el segundo piso. No alcanzo a coger fuerzas en las piernas. Tengo sed. Tengo hambre. ¿No querías ir conmigo a vestir playeras? ¿A oler otras pestes? ¿Por qué no te quedaste? Tuvo que ser la lista de ocho. No después. ¿Por qué? Ahora no tengo ojos para eso. El día, me he pasado el día frente al horno y la tarde jugando con tierra. Solo. Tuvo que ser justo a las ocho. Y repetir ocho hasta el cansancio. Pienso, poco.

¿Doctor cómo puedo verlo? En el segundo piso. Estará en el segundo piso solo unos minutos, luego lo llevaremos abajo. Ya sabes, abajo. ¿Puedo subir doctor? ¿Y tocarlo? Subir las escaleras. El elevador demora demasiado. Subir. Anábasis. Que mis pies no vean lo que piso. Blanco, demasiado blanco. Te dije que te llevaría a visitar un lugar blanco, eternamente blanco. ¿Qué te cubre las manos? ¿Y eso que te cubre los pies? No quiero verte cubierto. Desnúdate. Ahora. Estamos solos. No tengas miedo. Te dije que iba a ser en el lugar más blanco que conocieras nunca. Estás tibio. Tienes los labios rosados y cuarteados. Te han salido algunos pelitos en la axila en los últimos días. Bésame. Estás desnudo y hermoso. Y esa cicatriz en tu estómago, qué dolor. El lunar de la nalga: cuando nos conocimos me dijiste: "es la primera vez que alguien que no sea mi mamá lo ve".

Deja te lamo el lunar. Lo sientes. Qué nalgas duras. De rigor mortis, en serio. Puedes sentir mis dedos masajeando dentro. Poquito a poco, lo sientes, está caliente aún. No duermas. Gime. Te gusta sentirme dentro. Un poco más.

Ahora me dirás que nunca quisiste irte. Voy a terminar. Dime que me amas. Tendremos un hijo. Luego de las ocho, en el relevo. ¿Te gustó? Ya me tengo que ir y supongo que pronto te bajarán. Yo me iré por otro camino.

René cubre su cuerpecito verdeazulado. Sale corriendo del hospital. Pero espera un rato fuera. Antes no había hablado de nada importante. Pero ahora está decidido. Dejará de trabajar. Buscará algo que lo motive, algo nuevo, algo vivo. Será un hombre rebelde. Un hombre que dice sí

cuando hay que afirmar y dice no cuando hay que negar. El decidirá. Seguirá en busca del blanco como él. Como buscarán otros y luego otros más detrás. Ya se perdió la cuenta. Ahora solo y feliz, y hermosamente cubierto. No se los van a cerrar porque se fue feliz y eso solo se ve en los ojos. No habrá que rellenar más hojas: ¿con cuántas personas vives?, ¿consumes drogas, alcohol, cigarros?, ¿tienes animales? No se permiten animales. No es no.

René reflexionaba, sin pronunciar palabras en alta voz. Tonto, afásico, disléxico. Reflexionó hasta que una algarabía lo sacó del medio. Lo empujaron. Lo tocaron por la espalda y por el frente, manos extrañas. Le gritaban corre. Le gritaban ayuda. Le gritaban mira ese muchacho. Alzó la vista y alcanzó a ver a un joven de unos veinte años sobre la azotea del hospital municipal.

Un joven quiere lanzarse desde la azotea del hospital municipal. Los hospitales repiten la épica que escribe la muerte. ¡NO!, gritaban todos. Eres muy joven. René comprendía más que nadie a ese muchacho. Pudo ver sus ojos hace un rato en las escaleras, desde un espejo. Aunque se repetía que mis ojos no vean, que mis ojos no vean: pudo ver. Y vio, con los suyos propios, los ojos de aquel muchacho brillar de felicidad. René comprende a ese joven y lo que es ser joven en general, aunque realmente eso no explique por sí solo: ¿por qué quiere lanzarse de la azotea del hospital municipal?

Es harto sabido que desde hace un tiempo ronda una crisis que cristaliza los ojos de la gente y pareciera que brillan de felicidad aunque en realidad están ciegos, y ciegos de blanco. Esa no lo inventé, ni René, ni el muchacho. Muchos advirtieron antes que nosotros sobre esta crisis pero ya sus

nombres aparecieron también en una lista a las ocho de la noche. En cambio ahora son las 06:26. El reloj del hospital municipal marca las ocho siempre. Pero mi reloj menciona esa hora terrible y dolorosa. Las 06:26.

El muchacho explota bocarriba sobre el pavimento adoquinado y viejo. René corre. Que mis ojos no vean el miedo. Que mis ojos no vean, no vean. Llega hasta su cuerpo, mira su cara joven e intacta. Ahora habrá que recoger los ojos en una hoja, quemarlos. Echarlos al mar. Sin ceremonia ni glorias. Solo echarlos al mar. Y gritar poco. No te preocupes yo me encargo de todo. Ya te conocía, tú no me habías visto. Ya sé que te llamas René.

Salto sin pie

Vi a tras y tu quién mi de za pop
 vos la el voz me gris la sin es
 paz plan fue dio mes do tex muy
 de el un mur a en cruel
 flux fin mu la dan dar
 que ra do za un
 ba en sin sal
 dan folk to
 sin sin
 pie

EL VACÍO

<https://www.youtube.com/watch?v=-3m-Zu3qgM4&t=55s>

Samuel Relicta daba vueltas en el vacío espacial cuando despertó con la sensación golpeada que suele acompañar los cambios repentinos. Anciano y pesado, abrió los ojos para darse cuenta de que podía sentir el movimiento de las cosas. Lo primero que distinguió fue la inercia gravitatoria con la cual el planeta se mueve alrededor del Sol. Luego, con el precio del vértigo, discernió la fuerza centrífuga de la Tierra que gira sobre su propio eje. Un pitido en los oídos lo obligaba a realizar muecas al conversar en medio de aquel aturdimiento. Hacía más de una semana que lo sentía. Justo la noche anterior, aquel sonido metálico había parado. Entonces vinieron los sueños; Relicta era un astronauta que había sido desterrado por un robot de luz roja y ahora giraba en lo oscuro, congelado de vacío. Lo extraño

no había sido la trama de aquella pesadilla, sino haber despertado después de la ejecución del homicidio.

Relicta se incorporó sintiendo terror, no ser más que una nimiedad flotando en el infinito, en la punta de sus dedos y en la espalda baja. Decidió atribuir aquellas anomalías a los achaques de la edad; su hijo estaría esperándolo, no podía perder más tiempo. Se vistió torpemente; el picaporte del armario se alejaba y luego se volvía a acercar y las mangas de su camisa no se querían quedar quietas. Sin desayunar se subió al coche de su hijo, quien se alarmó al ver su cara demacrada. Las arrugas, la piel colgante tiraban de su cara como goma derretida. Era en vano insistirle que se quedara en casa, "En toda mi vida, solo falté un día al trabajo: cuando tú

Paulina Meyer Cal y Mayor

Querétaro, México
 @the_hangry_vamp
 paulina.meyercr@udlap.mx

26



naciste. No pienses que te dejaré la oficina a ti solo". Pero con todo y lengua terca, entre más tiempo pasaba Relicta en el coche, más sentía su vista torcerse en figuras caleidoscópicas.

Cuando el señor Relicta dio el primer paso en su oficina, se percató de que también podía percibir el flujo de la electricidad y la propagación de las ondas. Si el mundo antes le parecía una partícula solitaria y mareada, ahora se sentía invadido y sobrepasado.

Santiago aprovechó la visible debilidad del tirano; propuso renovar las licencias del AutoCAD. Sabía que su padre odiaba el cambio, pero la compañía no podía arriesgarse a la fosilización. El canalla pensó que conseguiría un permiso dado a media consciencia. Samuel Relicta estalló de ira al oír la palabra "actualización." La idea de algo nuevo y extraño era insoportable. Usó todas sus fuerzas para vocalizar su oposición, pero se agitó tanto que cayó de rodillas. El mundo ya no se torcía, se derretía.

Cuando recuperó la consciencia estaba en una cama de hospital. Las esquinas del cuarto se doblaban con la facilidad con que la tempestad revuelca sus olas. Por más que tratara de hundirse en su catre, se sentía a la deriva. Pero ahora ni contaba con el consuelo de la soledad; como un pedazo de basura espacial, era golpeado constantemente por pulsaciones y ráfagas de datos y electromagnetismos. Una cara se coló en su vista periférica: era su esposa. Se la comía la preocupación, pero Samuel Relicta encontró en su voz chillidos y lloriqueos que parecían haberse emitido con el único propósito de molestarlo. Tras un débil intento de pelea, cedió a los deseos de María de ir a la capilla del hospital a rezar.

Llegaron a una capilla minimalista. Al centro del retablo había un Jesús petrificado en el clímax de su abandono. A Samuel Relicta se le ocurrió por primera vez la posibilidad de que el propio hijo de dios pudiera haber muerto sin creer. ¿Qué tal si todo aquel que llegaba a la puerta del reino la encontraba empolvada y cerrada?

María, en cambio, se volvió terriblemente devota desde el momento en que su hijo dejó la casa. Tras una infancia sometida al padre y luego la madurez aplastada por un esposo que consideraba al trabajo como su única responsabilidad, se entregó por inercia natural al dominio de otra presencia masculina una vez que se quedó sin el único cómplice que tuvo en toda su vida. Ahora que pedía, no lo hacía tanto por desear la salud de Samuel, sino por encontrar el

consuelo adictivo de sentirse escuchada por alguien.

Cerraba los ojos buscando calmar sus alucinaciones cuando se advirtió asaltado. Levantó la cabeza y entre punzadas pixeladas le pareció ver que el Jesús le devolvía la mirada. El iris era de un negro de una profundidad abismal. Relicta huyó y, empujando su propia silla de ruedas, se metió en un elevador antes de que María se percatara de su fuga. Con el corazón queriendo escaparse por la boca, Samuel Relicta comenzó a sentir el movimiento de todos los átomos. El mundo se volvió de arena; materia diminuta que saltaba a los ojos con el más leve movimiento, que se destruía con tantito peso y volaba con un soplo. Cegado por el rebote de las partículas, agitaba frenético sus brazos. Presionó varios botones del ascensor y gateó de su silla al séptimo piso. En aquella tormenta de migajas, Relicta logró entrever lo que, por su brillo, tendría que ser una ventana. Se arrastró con toda su fuerza y se incorporó para abrirla. Ya había asomado la mitad del torso, sentía debajo el movimiento del tránsito. Estaba dispuesto a capitular en esos momentos con tal de tener, al cruzar al otro lado, silencio y quietud. El mundo era demasiado violento, rápido, cambiante; él se oxidaba cada día más. Quería entregarse al vacío. Una mano lo tomó del hombro.

Samuel Relicta se encontraba nuevamente postrado. Una serie de chirridos escondían algunas sílabas y unas sombras humanoides se inclinaban hacia él. Las formas se confundían entre sí, dejando ver tres o cuatro individuos y luego fusionándose a una masa con millones de miembros. Ahora los sonidos parecían gruñidos, luego diálogos, luego sonidos metálicos. Entonces, comenzó a sentir el movimiento de las partículas subatómicas. El ruido se convirtió en una serie de constantes desafinadas. Concierto en crescendo. Los hilos de la realidad se hicieron visibles. Las dimensiones quemaban, pero no arden. Oscuridad fogosa devorada por la inercia. Tiempo, no tiempo, origami. Pupilas que explotan morado violines estelas tintineantes el casco espacial envuelto. Macro células microcosmos titanes el picazón en la rodilla. Orquesta de vientos. Ráfaga azul índigo. Ocular. ¡Aceleración! Ojo desértico perdido escucha un paisaje californiano. ¡Aceleración! Patrones espejismos verdes. ¡Aceleración! El vacío.

<https://www.youtube.com/watch?v=ebmwYqoUp44>

27

« La voz del reloj cantó en la sala:
-Tictac, las siete, hora de levantarse, hora de
levantarse, las siete.

VENDRÁN LLUVIAS SUAVES, RAY BRADBURY

